XII

INVITACIONES, ALEGRÍAS Y SORPRESAS

Á las nueve y media sonó el primer acorde de la orquesta.

Esta fué la señal de la diversión.

Acto seguido formóse gran copia de parejas y empezó el baile.

Entonces entró el teniente Felipe.

Al principio, había pensado no aparecer á aquella recepción : creíase oficial demasiado reciente para presentarse en semejante ceremonia ante sus nuevos compañeros, los cuales tenían todos cierta antigüedad en sus grados.

Pero decidióle una circunstancia especial.

Durante el día, había recibido una misiva misteriosa; era una carta lacrada con sello sin armas y que exhalaba un delicioso perfume de ámbar fino.

Sólo contenía algunas palabras, escritas con letra de mujer y firmadas por « una amiga. »

Rogábanle asistiera á la reunión que se daba en el Louvre aquella misma noche; una persona deseaba hacerle una comunicación del mayor interés referente á su nacimiento y aquella era la única ocasión en que podría revelársela.

Por consiguiente, si faltaba á esa cita, no volvería á hallar la ocasión.

Luego, como postdata, añadía :

« Para darse á conocer, la persona abordará al teniente Felipe pronunciando estas palabras : « ¡ Sea usted discreto ! »

El oficial se vió muy sorprendido. ¿De quién podía proceder aquella carta? No tenía él la menor idea.

Sin embargo, acostumbrado á no extrañarse de nada que concerniese á su origen, decidió aceptar la invitación que tan misteriosamente le dirigían.

¡ Oh ! ¡ si al fin pudiera saber quién era !

¡ Si le fuese posible conocer á su padre, abrazar á su madre !... ¡ Cuánto amaría á ésta !... ¡ Cómo la acariciaría tras aquella larga separación, por la que ella habría padecido aún más que él !...

Todo su corazón se fundía en estas esperanzas.

Vistióse, pues, por primera vez el uniforme de teniente de guardias franceses, que le sentaba á las mil maravillas — regalo que Passepoil le había hecho con el producto de sus ahorros, — y salió agitado por gran emoción.

Como la misiva le fué entregada particularmente, nada dijo á Amable ni á Maturina, en cuya casa continuaba habitando, pues el viejo profesor de esgrima y

su mujer insistieron para que se quedase con ellos hasta su completo restablecimiento.

Tampoco se enteró Marina.

Semejante reserva se la dictó el temor de que creyesen que la cita era una emboscada y tratasen de disuadirle de que acudiera á ella.

No sabía que Passepoil estaba enterado por Cocardasse y Helouin y que más bien le hubiera animado á asistir.

Así que hubo penetrado en el salón principal, y hallándose algo violento en medio de aquella brillante muchedumbre á cuyo contacto no estaba acostumbrado, tuvo la buena suerte de encontrar á su capitán, el señor de Tresmes, quien, como se recordará, habíase batido por él con Fonty, en Ostende.

— ¡ Hola ! teniente — dijo alegremente el capitán — ¡ por fin está usted aquí ! Hace ya una hora que le estoy buscando.

¿ Cómo ha venido usted tan tarde ?

— No sabía que tuviera que venir antes, mi capitán.

— Había que llegar para la recepción, que acaba de concluir.

Así hubiera tenido yo el gusto de presentarle á sus conpañeros de regimiento que no conocen aún al teniente ; porque, gracias á Dios, el sargento...

— Si yo hubiese podido prever sus intenciones, mi capitán, hubiérame apresurado á venir. Además, le confieso, que titubeaba mucho para acudir á la recepción.

— ¿ Por qué?

— ¡ Toma ! porque mi nombramiento es tan reciente que me parece no tener más que á medias el derecho de presentarme.

— ¡ Singular escrúpulo ! Aunque su nombramiento es reciente, sus méritos son antiguos, y eso compensa ya mucho.

Porque, ahora puedo decirlo, hace ya mucho tiempo que solicitaba yo el grado de oficial para usted ; pero, como no tenía la influencia del marqués de Chaverny, me hacían esperar, mientras que él lo ha conseguido en seguida. Eso no me impedirá considerar á usted como uno de los nuestros.

— Mi capitán, me tiene usted tan acostumbrado á sus bondades, que no sé verdaderamente cómo agradecerle esta nueva prueba de amistad que me concede en este momento.

— Para agradecérmelo, querido amigo, no tiene que hacer más que una cosa : continuar siendo lo que ha sido hasta ahora, un soldado valiente y leal, lo que creo que no le costará grandes esfuerzos, ya que la naturaleza le ha dotado de las cualidades necesarias para ello.

— Su simpatía hacia mí, le induce á usted á exagerar mis méritos, mi capitán.

— Nada de eso ; digo lo que dice todo el mundo, empezando por el marqués de Chaverny, que ha venido, en persona, hace tres días, á enterarme de su ascenso, y parece tenerle á usted un afecto muy particular... y mire, él mismo puede asegurárselo, pues viene aquí con la marquesa y con su hija.

En efecto, el marqués, acompañado de su mujer y de Olimpia, se acercaba hacia la parte en que estaban Felipe y de Tresmes.

Al verlos, fué aquél presa de intensa emoción.

No había vuelto á ver á Olimpia desde la escena del torneo y se preguntaba cuáles podrían ser sus sentimientos repecto de él, después de la pública afrenta que había recibido.

De todos modos, experimentaba cierto orgullo en presentarse á ella vestido de oficial, uniforme que, según él, debería ensalzarle á sus ojos.

— La verdad, querido amigo — dijo el señor de Chaverny, así que se hubo acercado, y tendiendo la mano al nuevo oficial, — ya no teníamos esperanzas de volver á verle. Se marchó usted de Ostende con tal precipitación que creímos que huía de nosotros. Á lo menos así pensaban estas señoras.

Sonrojóse la frente de Felipe, y éste repuso:

— Un acontecimiento imprevisto, señor marqués, me obligó á abandonar inmediatamente el campamento.

— Sí; eso me dijeron; pero su marcha nos contrarió mucho.

¡Qué diablo! teniente, cuando uno se permite salvar la vida á las gentes, se las arregla de manera de sufrir su reconocimiento hasta el fin.

— En cuanto á eso, caballero, — contestó Felipe, mirando instintivamente á Olimpia — no tardamos en haber quedado en paz, y más bien soy yo quien...

Mas se detuvo, mordiéndose los labios, pues le

hubiera sido muy difícil explicar sus palabras, á menos de indicar á los padres de la joven la aparición de ésta en la sala de la hostería de los *Tres Aguiluchos* en el momento en que Knauss se disponía á matarlo.

Afortunadamente, Chaverny no podía comprender el motivo de tan súbita interrupción y creyó que aludía á las gracias que le había prodigado á raíz del incidente del carruaje.

Pero la señora de Chaverny, sintiendo estremecerse bajo su brazo el de su hija y viendo cuán colorada se puso de repente ésta, pensó que debía de haber algo, y como sus primeros presentimientos databan ya de largo, resolvió confesar á Olimpia respecto de ello.

— ¡Cómo, en paz? — continuó el marqués — ¿Puede uno acaso quedar en paz de semejantes deudas?

— Sin embargo, señor marqués — repuso Felipe, recobrando fuerzas y sangre fría y sin atreverse á mirar á Olimpia, por miedo á turbarse — creo que hoy, soy yo su deudor. He sabido, en efecto, que gracias á sus diligencias me han concedido el grado de oficial, y á, mi vez, nunca podría expresarle todo mi agradecimiento.

— ¡Bah! ¡Bah! dejemos esto; yo apenas he intervenido, pues su capitán le había ya propuesto hace meses para el ascenso. Así es que yo no he hecho sino apremiar un poco á los empleados del ministerio de la Guerra y hacerles que ultimasen el expediente que el señor de Tresmes había dirigido al ministro.

— Lo cual quiere decir — añadió el capitán con tono de buen humor — que á no ser por usted, mi instancia dormiría el sueño letárgico en las oficinas del ministe-

rio, hasta época muy lejana de la en que ahora estamos.

Vaya, señor marqués, no trate de darnos el cambiazo; á usted solo debe Felipe el haber sido ascendido tan pronto... y quiero que así lo sepa éste.

— ¡Es usted un hombre terrible, señor de Tresmes! — repuso, riendo, Chaverny; — pero esta conversación me ha apartado del objeto que me ha traído al acercarme á este joven.

Y, dirigiéndose á Felipe, añadió :

— Hijo mío — permítame llamarle así, á causa de la amistad que le tengo, — quería anunciarle que la marquesa, mi hija y yo tendremos sumo gusto en recibirle en nuestro hotel, que, á partir de hoy, está abierto de par en par para usted... en caso de que no se aburra en nuestra compañía...

— ¡Cómo! ¿Tan grande honor me concede, señor marqués? — exclamó el joven, cuyo corazón desbordaba de alegría.

Nunca osó esperar tanto.

¡Él, que creía estar reducido á no poder ver á Olimpia sino cuando el azar le hiciera encontrarla, lo cual podría ocurrir muy rara vez, cobraba de pronto la esperanza de verla con cuanta frecuencia se le antojase, de acercarse á ella y hablarle!

La realidad excedía del sueño.

Era tan grande la dicha que sentía, que se hallaba anonadado, sin pensar siquiera en dar las gracias al marqués.

— El honor será indudablemente para nosotros — replicó éste. — Queda, pues, entendido, teniente Felipe; venga á vernos cuando le plazca; siempre será recibido como uno de nuestros mejores amigos.

¿No te parece, querida Flor?... ¿y á tí, Olimpia? — preguntó á su esposa y á su hija.

— Absolutamente — repuso la marquesa; — y sería de desear que todos nuestros amigos tuviesen el mismo derecho que este señor á nuestro cariño.

En cuanto á la joven, guardó silencio; pero la mirada que dirigió al nuevo oficial le dijo más que cuantas palabras hubiera podido pronunciar.

— Ahora, — añadió Chaverny, cuya afabilidad iba en aumento; — no queremos entretenerle más, y le dejamos en manos de su capitán al cual pertenece usted más que á nosotros esta noche.

Hasta pronto, pues; contamos con usted.

Y el marqués se marchó con su familia.

— Bueno, Flor — dijo Chaverny; — ¿crees que la confidencia que nos ha hecho Cocardasse estos últimos días tenga algún fundamento, y que nuestro salvador sea realmente el hijo de la pobre Aurora?

— Estoy convencida de ello; y si no hubiera estado tan emocionada cuando se nos apareció en la carretera de Ostende, hubiese notado seguramente el extraordinario parecido que tiene con el conde Enrique de Lagardère, parecido que acabo de observar ahora y que es verdaderamente sorprendente.

Además, durante el torneo, yo le miraba, y su rostro no me parecía desconocido. Pero estaba colocado muy lejos de mí para que yo pudiera distinguir los detalles

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
1625 MONTERREY, MEXICO

de un modo exacto y sacar de ellos cualquier deducción. Mientras que ahora, que he podido examinarlo atentamente, he visto en seguida la semejanza de facciones entre él y el conde.

— Yo también, y, si, como tú, no lo noté en el campamento, débese algo á las mismas causas de que hablas.

¡Ah! ¡por qué ha de esperar todavía la condesa para abrazar al hijo que llora hace quince años!

— ¡Ay! ya sabes por qué... ¡hay que castigar á los culpables!

— Sí, es verdad... ¡Paciencia!

Hacía ya un rato que Felipe estaba solo con el capitán de Tresmes, y no volvía aún del asombro que le causaba la invitación del marqués.

— Puede usted estar satisfecho — dijo el capitán, — pues los marqueses de Chaverny no abren sus puertas á todo el mundo.

Y ahora, aunque el marqués haya asegurado que me pertenece usted esta noche, no quiero obligarle á quedarse en compañía de un viejo como yo, y voy á ponerle en relaciones con algunos de sus nuevos compañeros... Mire... allí veo á varios... venga.

Y cogiendo del brazo á Felipe, lo condujo hasta un grupo de oficiales que formaban parte de su regimiento.

Estos le hicieron una calurosa acogida, y no tardó en familiarizarse con ellos.

— Se lo dejo á ustedes — dijo Tresmes, — yo voy á hablar con el duque de Bivona que me espera para

discutir un interesante punto de táctica. Hasta luego.

Pronto entabló el nuevo oficial amistad con sus colegas; pero no pudo quedarse mucho tiempo con ellos.

El baile, que cada vez estaba más animado, reclamaba bailarines, y el grupo iba aclarándose poco á poco.

— Hasta que Felipe se encontró por segunda vez solo.

Cuando, sin saber lo que hacer, permanecía apoyado contra una chimenea monumental, mirando á la multitud que danzaba en torno suyo, y con la imaginación preocupada aún por lo que le había dicho el marqués, una mujer, cuyo rostro iba cubierto con un antifaz, imitando en eso á otras muchas damas, pasó ante él y le tocó con el abanico, pronunciando, en misterioso tono, estas palabras: « Sea usted discreto », y luego, prosiguió su camino.

El joven había olvidado por completo el asunto que le había conducido al Louvre.

De pronto se lo recordaron las palabras de la enmascarada.

Alejábase ésta lentamente, con paso regular, haciendo ondular tras sí la larga cola de su falda y dirigiéndose á un saloncito destinado á servir de refugio á las personas que quisieran descansar.

Siguióla Felipe, y casi entró en él con ella.

En aquel momento, la sala estaba completamente desierta.

Bathilde — pues sabemos que era ella — fué á sentarse en un ancho sofá, y, con gracioso ademán, invitó al oficial á tomar asiento junto á ella.

Felipe obedeció.

Iba disfrazada con un antifaz, es decir, con una simple banda de raso, que sólo le ocultaba la parte superior del rostro, lo que, no obstante, bastaba para impedir que se reconociese la expresión general de sus facciones.

— ¿Quién puede ser esta mujer — se preguntaba el joven examinándola minuciosamente, — y cómo estará en posesión del secreto de mi vida?

Ella también le miraba con atención, y sus ojos, que parecían diamantes negros, relucían á través de su máscara, lanzando extraordinario brillo.

Al cabo de un momento de silencio, viendo que no entablaba ella la conversación, decidióse Felipe á dirigirle la palabra.

— ¿Tengo el honor de hablar á la persona que me ha enviado esta tarde una carta firmada por « una amiga » y que, según parece, tiene que hacerme una comunicación importante acerca de mi nacimiento?

— Sí, señor Felipe — repuso la dama enmascarada, después de titubear un segundo.

— Señora; no sé quién es usted, ni intentaré saberlo, ya que cree usted deber permanecer desconocida para mí; pero si me dice usted quién soy, le tendré agradecimiento eterno, y no pasará día sin que yo la bendiga desde lo más profundo de mi corazón.

— Puedo, en efecto, revelarle el misterio que ha rodeado hasta ahora su existencia. De todos modos, antes de hacerlo — dijo Bathilde, que trataba de ganar tiempo y medía las palabras, — querría hacerle una

pregunta : ¿Tiene usted alguna idea de lo que pueda usted ser, de su familia, de la posición que ésta ocupa en la sociedad?

Felipe reflexionó un instante, luego, titubeando, respondió :

— La verdad, señora, su pregunta no deja de turbarme. No obstante, voy á contestarle con franqueza, sea cual fuere la opinión que pueda usted tener luego de mí.

Si me atengo á vagos recuerdos, que acuden á mí de cuando en cuando, á imágenes remotas que á veces se presentan á mi imaginación, á una inclinación natural por todo lo noble y bello, paréceme que no soy de baja cuna.

Como es natural, usted me tachará de vanidad; pero, se lo repito, le hago esa declaración con toda sinceridad.

¿Padezco error?

— No, no está usted en ningún error...

Esta última frase salió de boca de la joven como sin saberlo ella.

— ¿Será verdad?... — exclamó acalorado Felipe. — ¿Perteneceré á una familia que esté por encima de lo vulgar?

Bathilde hizo una seña afirmativa con la cabeza.

— ¡Oh! ¡Hable usted, señora, hable! Ya es hora de que la conozca... de que lleve el apellido que me pertenece.

¡Hable, se lo ruego!

Ansioso, esperaba que la de Wendel le confiase el secreto de su origen.

Ésta, por supuesto, no se apresuraba á satisfacer su deseo y sólo se esforzaba en buscar un pretexto para atraerlo á su hotel.

Pero, mientras buscaba ese pretexto, ocurría en ella una cosa rara.

Al ver al hombre que ella había salvado de niño, no sólo sentía tierna simpatía hacia él, sino que, además, la belleza masculina de Felipe, su voz cálida y vibrante, que acariciaba deliciosamente sus oídos, hacía nacer en su corazón un sentimiento hasta entonces desconocido para ella.

La parte buena de su naturaleza dominaba á la mala, y dulcemente emocionada, palpitándole el seno, dejábase llevar hacia el nuevo encanto que iba apoderándose poco á poco de todo su ser.

¿Era amor?

Si no lo era todavía, poco le faltaba.

Qué diferencia con el otro sentimiento que sentía por el caballero Zeno, sentimiento en que, ahora lo notaba, entraban en mayor parte los sentidos.

Había un abismo entre los dos.

Ella continuaba mirando silenciosamente á Felipe, pensando en lo que le había ordenado Peyrolles.

¿É iba, de nuevo, á contribuir á la pérdida del hijo de su protectora, á traicionarlo cuando él acudía á ella con toda confianza?

No, no; nunca lo haría.

— Hable, señora, por favor... hable usted — reiteró el joven, que no se explicaba aquel mutismo. — ¿Me habrá dado usted alguna vana esperanza?...

Al mismo tiempo, con un movimiento de que no se dió cuenta, apoderóse de una mano de Bathilde, que estrechó ticrnamente entre las suyas.

Á ese contacto, la Wendel experimentó un estremecimiento que la sacudió de pies á cabeza, y olvidando de repente á Peyrolles, á Zeno y los millones de la condesa, iba probablemente á confesárselo todo á Felipe, cuando distinguió en el umbral del saloncito al antiguo factótum de Gonzaga, que la miraba con aire amenazador y parecía á punto de acercarse á ellos.

Hacía ya algunos minutos que el anciano estaba allí, presenciando su conversación con el teniente.

En la forma que estaba colocado, no podía verle el oficial, que le daba la espalda.

Por otra parte, había tomado la precaución de desfigurarse la fisonomía, aplicándose en un ojo una ancha venda negra que le cortaba en diagonal la faz y parecía adorno que no estaba fuera de lugar en aquel baile en donde más de uno llevaba señales visibles de su presencia en la última guerra.

Sin oír lo que Felipe y Bathilde se decían, creía, no obstante, notar que ésta desempeñaba de un modo muy singular la misión que el le había encargado; y la repentina turbación en que la vió, le hacía temer que, en un momento de abandono, llegase ella á exponer alguna confidencia comprometedora — ya hemos visto que no carecían de fundamento sus temores; — iba, pues, á penetrar en el saloncito, para conjurar el peligro, cuando la joven le dirigió una mirada.

Al verlo, Bathilde recobró en seguida toda su sangre

fría, y hasta tuvo suficiente presencia de ánimo para hacerle una seña que quería decir : Ya ve usted que esto es de mi papel.

Entonces, alejóse el viejo, medio tranquilo; pero pensando vigilar de cerca á su pupila.

En cuanto desapareció, dijo ésta á Felipe :

— Estoy dispuesta á cumplir la promesa que le he hecho; pero, lo que debo comunicarle es tan grave, que es difícil, ahora lo veo, confiárselo aquí.

— ¿Por qué, señora?

— Porque nadie, fuera de usted, debe conocer este secreto, y aquí podría ocurrir que nos escuchase algún oído indiscreto.

— ¡Es imposible! Estamos solos... muy solos, y no veo como...

— No, no estamos solos... quiero decir que no lo estamos ya... mire...

Y con la punta del abanico, indicó al teniente varias parejas de bailarines que penetraban en el salón.

Ayudábala la casualidad.

— Tiene usted razón — contestó el joven, que tuvo que rendirse á la evidencia. — ¿Por qué me ha citado en medio de tanta gente?

— Al escribirle esta mañana, no pensé que podrían interrumpirnos en la conversación que yo deseaba tener con usted durante este baile, de lo contrario, hubiera tomado otras medidas.

— En ese caso, señora, ¿qué lugar me señala usted para oírla?

Bathilde pareció meditar, luego, añadió :

— No hay más que uno donde podamos estar realmente en seguridad.

— ¿Dígamelo?

— Mi casa.

— ¿Su casa? — repitió Felipe con asombro.

— Sí, no veo más que ese sitio en donde podamos estar al abrigo de todo importuno. Usted me preguntará por qué no le he citado ahí desde luego.

— En efecto — murmuró el joven; — ya que puede usted recibirme, era lo más sencillo llamarme allí en seguida.

— Á eso, diré á usted que el acceso á mi domicilio no es de los más cómodos. Y, por miedo á que vacilase usted ante la dificultad de la empresa, me pareció más lógico aprovechar la ocasión de esta reunión para entrar en relaciones con usted. Pero, ya que no podemos proceder de otro modo, le propongo que intente introducirse. Ahora bien, más que nunca, le digo « sea usted discreto ».

— Seré todo lo discreto que haga falta, puede creerlo, señora. En cuanto á la dificultad de que me habla, si no es infranqueable, puede usted considerarme como si estuviera ya en su casa. No acostumbro á retroceder ante los obstáculos, sean cuales fueren... al contrario.

— Su aspecto decidido me induce á creerlo, sin esfuerzo, señor Felipe, y siento no haberle hecho antes esta proposición.

He aquí cómo tenemos que proceder.

Ahora, son las diez...

— ¡Ah! ¿va á ser esta misma noche?

— Sí, ¿le desagrada?

— Al contrario, cuanto antes, mejor.

— Decía que ahora son las diez. Dentro de media hora, saldré del Louvre é iré inmediatamente á mi casa.

Un cuarto de hora después de mi partida, sale usted á su vez y se encamina hacia el Marais.

¿Conoce usted la calle de Francs-Bourgeois?

— Sí, señora.

— Pues bien, una vez en el Marais, toma usted esa calle, y la recorre contando desde el extremo por donde todas las calles que le son perpendiculares.

— Bueno.

— Cuando haya usted pasado la cuarta de estas calles, hallará, á corta distancia, un callejón estrecho. Entonces se encontrará ante una tapia en cuyo centro hay un pozo, cerrado en el medio por una puerta. Abre usted esa puerta...

— ¿Abrirla ó romperla? — preguntó Felipe.

— Abrirla; ¿por qué romperla?

— ¿Se abre fácilmente?

— Sí, con tal de que se tenga lo que hace falta... que es esto — dijo Bathilde entregando al joven una llave muy tosca que sacó de un bolsillo.

— Gracias.

— Abierta la puerta, da usted tres golpes, ora con esta llave, ora con el pomo de la espada, en uno de los brazos de hierro que sujetan la polea... y espere.

— ¿Qué he de esperar?

— Que vayan á buscarle para conducirle junto á mí. Su espera no será larga.

— Señora, haré exactamente lo que usted me dice.

— Confío en ello. Conque, hasta dentro de una hora.

Levantóse Bathilde, y tras un gracioso saludo, abandonó el saloncito, dejando á Felipe cada vez más intrigado.

Mientras el joven reflexionaba sobre esta nueva aventura, la señorita de Wendel se disponía á ganar la puerta de salida, lo cual, dada la muchedumbre porque tenía que atravesar, iba á cogerle la media hora de que había hablado al teniente.

Suponía poder retirarse sin encontrar á Peyrolles; pero éste se presentó de repente ante ella.

La había visto en el momento en que entraba al baile, y quería saber si su estratagema tenía buen resultado.

— ¿Qué hay? — preguntó á Bathilde.

— Vendrá.

— ¿Á la hora convenida?

— Sí — repuso atrevidamente la joven — á las doce, pero no antes.

— Muy bien; estoy contento de usted, Bathilde. El caballero Zeno y yo estaremos allí á las doce y cuarto.

Un rayo brilló en los ojos de Bathilde.

— ¡Ya está salvado! — pensó.

— ¿Qué hace usted ahora? — le preguntó Peyrolles.

— No tardaré en marcharme. Comprenderá usted que me absorbe demasiado este... asunto, para que pueda recrearme el baile.

— Bien, váyase; así podrá usted preparar sus baterías para recibir á Felipe y retenerlo hasta que nosotros lleguemos.

¡Y sobre todo, tenga destreza!...

— ¿No la tengo siempre?

— Sí, es verdad, y le doy la enhorabuena.

— Tiene usted razón.

Se separaron.

Peyrolles la miró marcharse, y cuando la vió desaparecer, murmuró:

— Me miente; ha debido de cambiar la hora de la cita. Al anunciarle que yo iría con el caballero á las doce y cuarto, me ha parecido que sus ojos brillaban de alegría.

Juraría que la miserable trata otra vez de hacer abortar mis planes...

Pero, ¡ira de Dios! yo sabré impedirlo — añadió cerrando violentamente los puños. — ¡Oh! ¡sí!... ¡y desgraciada de ella si me ha vuelto á engañar!

Y temiendo que las personas que le rodeaban notasen el repentino furor que le invadía, perdióse en seguida entre el barullo.

Felipe, que había quedado solo, permaneció un momento meditando; luego, decidióse á su vez á salir del salón.

Pero, impaciente por volver á encontrarse con la desconocida, no tomó parte alguna en las numerosas distracciones que se le ofrecían y contó los minutos que faltaban para su partida.

Un incidente sacóle de su preocupación.

Al pasar por un grupo compuesto de damas é hidalgos, descubrió en el centro al señor de Fonty que hablaba animadamente, con un brazo en cabestrillo.

Felipe estaba lo suficientemente cerca para oír lo que decía el conde.

— Sí, señoras — contaba este último, — avanzaba yo contra el enemigo, á la cabeza de mi compañía, cuando un gran demonio de Hannover se arroja sobre mí y me da un sablazo capaz de partir una montaña; yo paré, afortunadamente, el golpe, más no lo bastante á prisa para impedir que me alcanzase su arma y me hiciera la herida que ustedes ven.

— ¡Herida gloriosa! — dijo uno.

— En mi familia no se reciben más que esas, — replicó Fonty con enfática fatuidad.

— ¡Ha tenido usted suerte, capitán! — observó otro oyente.

— ¡Ya lo creo! ¡á no ser por mi destreza, me hacen dos pedazos!

— ¿Y contestó usted, después del quite?

— ¿Si contesté? Largué á mi hombre un tajo tal, que le abrí la cabeza hasta los hombros. Así...

Y para hacer ver la forma en que hirió á su enemigo, levantó Fonty el brazo válido con terrible ímpetu; pero, en aquel momento, divisó á Felipe que, á dos pasos de él, le miraba con burlona sonrisa.

Sorprendióle tanto su presencia y más aún verle con uniforme de oficial — porque, como no era de su regimiento, ignoraba el ascenso — que permaneció con el brazo en el aire, sin pensar en concluir el ademán.

Cuando su auditorio, extrañado, iba á preguntarle la causa de tan súbita interrupción, salió á escape del grupo y acercóse al teniente.

Felipe le aguardaba sin moverse, dispuesto á recibirle de modo poco pacífico, cuando, antes de que hubiera llegado hasta él, el señor de Tresmes, á quien un buen viento llevaba muy á propósito por aquel lado, se colocó junto á él y enseñándoselo al señor de Fonty, le dijo :

— Le presento al teniente Felipe, á quien Su Majestad ha concedido este grado en recompensa de sus servicios durante nuestras últimas campañas. Espero, que, en lo sucesivo, tendrá usted para con él los miramientos debidos á un oficial.

— Me alegro de saber lo que usted me dice — respondió el conde; — al principio creí que este... teniente se había puesto un uniforme al que no tenía ningún derecho.

Ante esta ofensa, estremecióse Felipe de rabia, y á no ser porque le retuvo su capitán, se hubiera precipitado contra Fonty.

— ¿Por qué hace usted esa suposición? — preguntó fríamente Tresmes.

— Porque me parecía raro que un simple sargentillo sin valor, ascendiese tan pronto.

— Si por « valor » entiende usted mucho dinero, es verdad, el teniente Felipe no tiene ninguno, porque es pobre — no todo el mundo tiene la ventaja de ser nieto de un banquero enriquecido; — pero, si al contrario, ha querido usted hablar de bravura y bizarría, está

usted en un profundo error, en vista de que es tan valiente como todos nosotros, por no decir más.

La alusión directa del capitán al origen de su fortuna y, por lo tanto, á la poca antigüedad de su nobleza, enfureció á Fonty, quien sabemos que sobre este punto era intratable.

— ¡Me insulta usted, caballero, y me dará una satisfacción! — exclamó con rabia.

— Todo lo que usted quiera — repuso Tresmes; — pero cuando menos, me permitirá usted que espere la curación de esa herida que yo le hecho, en el duelo que tuvimos en el campamento.

— ¿Qué dice usted? — exclamaron las personas á quienes Fonty acababa de contar la historia del sablazo capaz de partir una montaña, y que se habían acercado como otras muchas. — ¿Es usted quién le causó esa herida?

— Sí, yo, y ya he dicho en que circunstancia.

— ¿Entonces no la ha recibido de un soldado de Hannover, como quería hacernos creer? ¡Oh! ¡vaya un modo de vanagloriarse!

Y ofendidos por haber sido engañados, los y las que, momentos antes, demostraban un simpático interés á Fonty, sólo le manifestaron luego desdén y desprecio.

Ante esa actitud, el hablador, muy avergonzado, tomó el partido de retirarse; pero, antes de hacerlo, lanzó á Tresmes y á Felipe una mirada tan llena de odio, que ambos comprendieron que, en lo sucesivo, tendrían en él un enemigo implacable.

— ¡Qué majadero! — dijo Tresmes.

— ¡Ah! ¡si yo fuera capitán como él — exclamó el joven — ya me pagaría caros sus insultos!

— Ya lo será usted, amigo mío; de todos modos, permítame un consejo para cuando lo sea: evite todo lo posible su compañía, pues de no hacerlo, podría ocurrirle alguna desgracia.

— ¡Tengo mi espada! — replicó con orgullo Felipe.

— No importa, créame. Si algún día llega usted á batirse con él, estoy seguro que Fonty no empleará medios legales y que le tendería cualquier lazo.

En nuestro duelo, á causa de su necia provocación durante el torneo de Ostende, ya creo yo haber notado ciertas cosas poco regulares, y si no hubiera estado en guardia, hubiese tenido que arrepentirme. ¡Vea usted, además, que falsedad! Alabarse por un acto de valor que no ha efectuado... Eso es indigno de un oficial francés.

— En efecto — aprobó Felipe, — es despreciable.

— Pero ya hemos tratado bastante de ese personaje; dejémosle y no hablemos más de él...

¿Qué ha sido de usted desde que nos separamos?

— He pasado el rato hablando con una señora — contestó ingenuamente el joven oficial.

— ¡Anda! ¡anda!

— ¡Oh! nada tiene de particular...

— ¡Ya lo supongo! — repuso Tresmes con un acento que parecía decir: No creo una palabra.

— Le aseguro, mi capitán...

— Sí, sí... comprendido.

— La prueba es que tengo una cita con ella dentro de un rato... — continúo el joven, sin saber lo que decía.

— ¿Y á eso llama usted una prueba? — dijo el capitán, rompiendo á reír. — ¡Vaya una prueba!...

— ¡Si supiera usted para qué es la cita!

— Ya me lo figuro.

— ¡Oh! ¡no! no puede usted sospecharlo... se trata de cosas tan graves para mí... ¡si me atreviese á confiárselas!...

— Hijo mío — dijo, en tono paternal, Tresmes, — tiene usted veintidós años, y á esa edad las cosas son siempre graves... Yo también he sido joven y ya sé lo que es eso. Por lo tanto, no necesito sus confidencias. Es usted muy dueño de sus actos, y puede obrar como se le antoje, á mí nada me importa.

— Una vez más, le digo que está usted á cien leguas de...

— Vamos, no la haga usted esperar, afortunado mortal... — interrumpió Tresmes, que no salía de sus trece; — vuele usted hacia ella, y le deseo mucha felicidad.

Y dicho esto, escapóse, convencido de que su teniente tenía buena suerte.

Éste hubiera querido alcanzarlo para desengañarle; disgustábale que interpretase de tal manera la conversación que iba á tener á solas con Bathilde y temía que, involuntariamente, hablando con Chaverny, llegase á enterar á Olimpia; pero ya se acercaba la hora y tenía que marcharse en seguida.

Aplazando, pues, el cuidado de enterar mejor á su

capitán atravesó rápidamente los salones, y salió fuera.

En tanto que conversaba con Tresmes, Peyrolles, oculto entre la multitud, detrás de él, no lo perdía de vista.

Al verle separarse del capitán y dirigirse precipitadamente á la puerta de salida, dejó ver una pérfida sonrisa y murmuró :

— Estaba seguro... la cita es ahora... Bathilde me ha recomendado mucho que no fuese antes de las doce... hay que hacer lo contrario... Corramos á avisar á Zeno...

XIII

LA CITA

Felipe había tomado la dirección del Marais.

Caminaba á buen paso, pues tenía prisa por llegar á la calle de Francs-Bourgeois.

Esta calle, una de las más viejas de París, puesto que se remonta á la época de Juan el Bueno, llamábase antes calle de Vieilles-Poulies, á causa del gran número de pozos abandonados que perforaban el suelo.

En 1350, Juan Roussel y Alix, su, mujer, mandaron elevar en ella un edificio que contenía veinticuatro cuartos destinados á hospedar pobres.

En 1415, los herederos donaron el edificio al Prior Mayor de Francia, señalándole además una renta, á condición de que sostuviera á dos pobres en cada cuarto, mediante el pago de trece dineros al entrar y un dinero por semana.

Entonces designaron el inmueble con el nombre de

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO